*Con motivo del 7º centenario de la muerte
del beato Ramón Llull,
terciario franciscano, 1316-2016.*

SALVADOR CABOT ROSSELLÓ

RAMÓN LLULL, DE PROFESIÓN, PENITENTE CONTEMPLATIVO Y ACTIVO

Índice

1. Personalidad de Ramón Llull y conversión
2. El estado penitencial en la edad media
3. Ramón profesa la penitencia
4. El *Libro de Blanquerna* y la vida penitente
5. Relaciones entre el *Libro del Amigo y del Amado*, y el sufismo

1. Personalidad de Ramón Llull y conversión

Pequeña introducción

Ramón fue un adalid que anduvo siempre solo. Después de su conversión, no entró en ninguna orden religiosa, aunque en la Mallorca de su tiempo, para un neoconverso, las había atractivas, como los Franciscanos, los Dominicos, los Cistercienses... Mantuvo buenas relaciones con todas ellas, pero no se comprometió con ninguna. Fue un penitente solitario. *Penitente* no es un adjetivo cualquiera en la edad media. Es una profesión bien definida, como veremos; es un estilo de vida religiosa bendecido por la Iglesia.

¿Por qué lo quiero presentar como contemplativo y activo? Cuando hablamos de órdenes o de personas religiosas, las solemos enmarcar en uno de estos dos grupos: contemplativas o activas, tomando pie de las hermanas María y Marta del Evangelio. Pero ni Jesús mismo encaja en un solo grupo

de los dos. Era activo y muy activo, pero también un contemplativo con plena dedicación. Alternaba con la gente, hablaba con ellos, escuchaba, pedía, enseñaba, predicaba, se compadecía, ayudaba... Pero necesitaba retirarse a la montaña o en la soledad, para estar con el Padre. En medio de la gente, levantaba los ojos al cielo con actitud de oración o de agradecimiento, nos dicen los evangelios. Buscaba el contacto diario con el Padre y, después de un día de trabajo y de caminos agotadores, necesitaba estar a solas con él.

Pues bien, tampoco Ramón puede encajar en una sola connotación de estas dos. Su ideal es la contemplación; es el buscador de la soledad en Dios; quiere diluir su vida, su gota de vida, en el mar grande, sin riberas, de la Divinidad. Es ermitaño y como tal es definido por muchos comentaristas. Lo han llamado: *ermitaño piadoso, doctor eremita, maestro Llull ermitaño...* Pero es, al mismo tiempo, terco viajero y escritor empedernido: un ermitaño itinerante, como veremos.

Ramón, más que un adalid de la ciencia

Muchas son las atribuciones que han sido dadas al caballero Ramón Llull para definir algún aspecto de su rica personalidad. Cada una de ellas contiene un rayo de verdad: caballero, filósofo, teólogo, pedagogo, procurador de los infieles, poeta, novelista, enciclopédico, alquimista, forjador del catalán, viajero infatigable... Fue un místico, un hombre santo, un misionero, un ermitaño itinerante pero también un soñador fantástico, un iluminado, un loco, un exaltado, en el buen sentido de la palabra. Generalizando podemos decir que todo esto son dedicaciones, aficiones, obsesiones geniales del personaje polifacético Ramón.

El franciscano E. W. Platzeck, buen conocedor de Llull, dice de su personalidad, que era de temperamento enérgico, decidido. Sus vivencias más profundas las manifestaba incluso con lágrimas. Describe su físico con estas palabras: era calvo, cuando ya viejo; solía cubrir su cabeza con un solideo; llevaba una barba blanca y larga; la nariz pronunciada; la túnica de penitente, marrón, sin cíngulo, le llegaba a los pies; la cubría con un abrigo sin mangas y con capucha; el exterior era marrón y el forro blanco¹.

Personalmente se sentía como una persona *fantástica* o fantasiosa, fuera de lo normal, que había creado un *Arte fantástica* para convertir a los

¹ PLATZECK, E. W. Bd. 2, 1964, p. 138* nota 3.

infieles. Muchos otros pensaban también así de él; lo tenían por un fantástico, por un utópico. En su producción literaria, él mismo se presenta como un loco. Así también en el *Libro del Amigo y del Amado*.

Pero, ¿quién era él en el fondo de su ser? ¿Qué era Ramón de profesión? ¿Dónde está el núcleo de su personalidad? Sabemos mucho de él porque su producción literaria es ingente, pero nos faltan datos capitales de su vida. No sabemos siquiera exacto cuándo nació ni cuándo ni cómo murió. De obras tan importantes como son el *Libro de contemplación en Dios*, el *Libro de Blanquerna* o el *Libro del Amigo y del Amado* sabemos sólo aproximadamente el lugar y el año de su composición. No hablemos de sus numerosos viajes. Los treinta años de su conversión, es también un número aproximativo.

Después de la conversión, sabemos seguro que fue un inquieto buscador de Dios y de la verdad, tanto en las majadas religiosas como en las humanas. Lo vemos como un explorador o un pionero en muchos campos del saber, que plasmó en infinidad de obras escritas.

Llull fue un convencido del poder mágico de la palabra: la palabra escrita pero también la palabra viva; la palabra provocada en el debate, en la confrontación, en un torneo de ideas y de convicciones. Fue un caballero aunque, al parecer, no perteneció a la alta nobleza. De joven, ejerció una responsabilidad en la corte real. Dejó la espada y se aferró a la palabra como la nueva arma. Su producción literaria es ingente, inimaginable; sobrepasa con creces las 200 obras de valor desigual. Están escritas en tres idiomas, catalán, árabe y latín. La variedad de contenidos que trata es polifacética y compleja. Tal vez esta faceta de publicista ha eclipsado otras más fundamentales y personales que configuran su rica personalidad.

Su obra escrita es, al mismo tiempo, un monumento cultural que contribuyó no sólo a una reflexión sobre la fe cristiana, sino también a la consolidación de la lengua catalana literaria, como vehículo para la transmisión de contenidos de todo color. En las obras refleja el saber de su tiempo, pero no menos, abrió nuevos horizontes para el conocimiento.

Podemos pedirnos, dónde está la fuente de donde mana este frenesí por escribir sin desfallecer, por viajar, por buscar personajes influyentes, prelados, reyes y papas; de donde fluyen sus sueños creativos, como movido por una fiebre imperiosa. ¿Por qué hacía esto? ¿Cuál era su finalidad? En otras palabras, podemos pedirnos, qué sentía él en lo profundo de su intimidad. ¿Dónde encontramos el manantial inquieto de este río de fe, de cultura, de humanidad? Los *por qué* formulados al genio no tienen respuestas